LEA USTED

# LA NOVELA FANTASTICA

100 páginas de lectura emocionante y de insuperable interés. Las mejores novelas de su género de los mejores autores del mundo.

Ejemplar: **50** cts



La Novela Sugestiva

# ZEZETTE

por

PAUL DE GRANIER

Ilustraciones de
M. RAMOS

39

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

## I.—DONDE SE TRATA DE ZEZETTE Y DE UN GIGOLO



ZEZETTE tenía veinte años bien cumplidos.

Se puede decir, para ser rigurosamente exacto, que un exceso de juventud no perjudica nunca a las mujeres. Podemos también afirmar que Zezette no sólo tenía veinte años, sino que los tenía dos veces, y hasta un poco más.

Aunque ella, como era muy modesta, no confesaba más que veintiocho. Pero en fin, lo cierto es que había visto florecer cuarenta y dos veces la primavera.

Lo que no debe dudarse es de que a los veintiocho años se había encontrado con que aquella era la edad más dichosa, y esto era lo único que podría explicar el porqué se había detenido en ella.

Por otra parte, esta edad debe ser supremamente

exquisita, porque es inimaginable la cantidad de mujeres que hay que tienen veintiocho años.

Y Zezette declaraba a todo el que quería oírselo que dos años después entraría en la treintena.

Y todos la creían.

O hacían como que se lo creían, que viene a ser lo mismo.

Aunque eso de Zezette no era sino un nombre de guerra, nadie ignoraba que la dama valía varios millones de dólares como viuda de A. K. Snowboot Phalzar, el rey del celuloide galvanizado, de Nashville, Tenessee (Estados Unidos).

Zezette había venido al mundo por el lado de la calle des Saules, en el bulevar Montmartre, y había crecido entre la generación que hizo la gloria y la fortuna de Poulbot, levantando la pierna en el Jardín de París (esta evocación me rejuvenece) y Willy escribía sus primeras novelas.

Una tarde, después de una correría por las *boits* nocturnas de París, se había hecho raptar por A. K. Snowboot Phalzar, casarse con él, en el consulado primeramente y después en la alcaldía del décimoctavo distrito, y después siguió a su señor a las Américas lejanas.

Zezette tenía entonces dieciocho años.

Supo llevar dignamente el nombre del rey del celuloide galvanizado.

Decimos dignamente porque todas las excentricidades que hacía, como se hallaban avaladas por



los millones de su esposo, parecían ingeniosidades de buen tono.

Es decir, que todas las fantasías y todas las vulgaridades de Zezette fueron acogidas por los yanquis como pruebas de buena amistad.

Entonces A. K. Snowboot Phalzar vino a morir en el frente francés, en 1917, un día que había comido y bebido demasiado para festejar una venta de material a la administración francesa, en condiciones que no podían ser más fraternales. Apenas con un ciento por ciento de beneficio.

Ciento para los franceses y ciento para él. La igualdad llevada a los negocios.

Quedamos en que A. K. Snowboot Phalzar murió de una indigestión, y su desconsolada viuda heredó millones y fábricas.

Las fábricas marchaban solas.

Zezette resolvió hacer marchar a los millones.

Como se aburría, se puso a viajar.

En territorio francés con preferencia.

Había explorado los zocos de Túnez, donde compró *bukaras* y *karamainas*, que envió a sus amigos de América. Había visitado los fumaderos de opio de Hai Fong, soñado bajo los naranjos chinos, y conocía profundamente la fisiología masculina de todos los pueblos que había visitado.

Lo que se decía Zezette: es necesario instruirse en la vida. Y ella se instruía a su manera.

Pero Zezette había llegado a la edad en la que las mujeres muestran preferencias por los gigolos,

la edad en que toda la viuda rica y libre que se estime ha de elegir uno.

Solamente que la elección es difícil.

¿Qué condiciones se requieren para ser un buen gigolo?

No vayáis a creer que el serlo está al alcance de cualquiera.

Se nace gigolo como se nace moreno o rubio. Uno no se hace gigolo porque se le antoje, sino que es cosa de nacimiento.

Hace falta tener en un cuerpo muy masculino un alma de muy femenina perversidad, músculos sólidos y runruneo de gato, violencia, delicadeza y sentido de los negocios.

Pero más que nada, un alma de mujer en un cuerpo sólido.

El cuerpo sólido en necesario, porque si no, el gigolo degenera.

Zezette buscaba un gigolo joven y rubio.

Había recorrido gran número de bares y de *dancings* sin encontrarlo y, muy inquieta, en el fondo se preguntaba si jamás iba a encontrar ninguno e iba a tener que conformarse con los abrazos tarifados de algún hombre de mundo elegido al azar en la Butte o en los Campos Elíseos.

Una tarde, cuando se paseaba a pie por la avenida de los Campos Elíseos, buscando un poco de frescura y de reposo después de una irritante jornada canicular, se cruzó con un joven solitario, cuya silueta llamó su atención.



Volvióse al paso del desconocido.

Era alto, esbelto, muy elegante, pero con una elegancia rebuscada.

Llevaba la cabeza descubierta, y de una camisa abierta salía un cuello musculoso.

Como una gallina corre detrás de su gallo, así se lanzó Zezette detrás del desconocido, que se dirigía hacia el bosque.



## II.—TRABAJOS DE APROXIMACIÓN, DANCING, ESPERANZAS



OMO la Caperucita Roja cuando se le aproximó el lobo, así quedó de asombrado el desconocido cuando le abordó Zezette.

Al principio juzgó que se las había con alguna peripatética, pero bien pronto la millonaria viuda puso las cosas en su lugar por medio de una explicación con términos tan raros como elegidos.

—Yo no soy lo que usted se figura...—había insinuado primeramente.

—Estoy sola y me aburro mucho—añadió después.

—Sea usted tan amable de concederme unos minutos...—dijo por último.

Y después de unos momentos:

—Permítame que le invite a tomar cualquier cosa en el Royal.

—¡ ... !
—Sí, un verdadero placer para mí.
—¿ ... ?
—Es usted encantador. Déjeme que le invite.
—¿ ... ?
—Sí, en camaradas. ¿Quiere usted, verdad?
—¿ ... ?
—¡ Qué guapísimo es usted !

* * *

Se sentaron en el Royal, en el lado del *dancing*.

Con autoridad pidió ella dos *drikks* americanos, de los que beben los yanquis con la ley seca ; es decir, mucho más fuertes que los que se bebían antes de la prohibición.

La orquesta sonaba.

Mientras se bebía el brebaje, el joven contemplaba a la bella Zezette, y, naturalmente, la deseaba, lo cual no dejaba de ser justo.

Ella, por su parte, le miraba a hurtadillas y le encontraba cada vez mejor.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntó.
—Simón.
—¿Qué más?
—Simón es el apellido. Me llamo Robert.
—¡ Robert ! ¡ Qué bonito nombre !...
—¿Le gusta?
—Sí.
—¿Y usted cómo se llama?



—Catherine Snowboot Phalzar.
—No es fácil retenerlo.
—Es el apellido de mi marido.
—¿Es usted casada?
—Sí.
—¿Desde hace mucho?
—Diez años.
—Es mucho.

Ingenuamente, él había creído que desde entonces... Robert era tan joven que de estas cosas no sabía una palabra.

—¿Qué edad tiene usted?—le preguntó Zezette.
—Diecisiete años. ¿Y usted?
—Veintiocho.
—¡ O, señora Catalina, le debo parecer un niño !
—No me llame usted Catalina. Llámeme Zezette, como me llaman mis amigos.
—¡ Oh, Zezette ! ¡ Cómo me gustaría ser uno de ellos !
—Y yo me sentiría orgullosa ; pero temo que apenas me deje usted se olvide de su amiguita de una tarde.
—Póngame a prueba.
—Sea. Mañana, a las cinco, le esperaré en mi casa para que tomemos juntos el té.

Le dió la dirección del pequeño hotelito donde vivía en la calle de Renelagh.

—Es una gallina de lujo—pensó el muchacho.
—¿Baila usted?—le preguntó Zezette.

—Un poco.

—¿Cómo un poco?

—Que no sé el charleston.

—Lo que ahora tocan es un tango. Invíteme.

Robert se levantó y la enlazó.

Estrechamente unidos, entraron en el grupo de bailarines, evitando el contacto con las otras parejas.

Zezette bailaba con gracia y seguía elegantemente el ritmo.

Robert Simón danzaba con la consciencia y el furor de su edad, es decir, que ponía toda su alma en el baile.

Su pareja se apretaba contra él con una felina esbeltez; su cuerpo se adaptaba al del joven, apoderándose de él enteramente, por así decir, y, naturalmente, el joven, al contacto de aquellos tesoros tan adorables, sentía nacer en su interior un estado extraño, que, por agradable que le resultase, no por eso dejaba de ser un tanto molesto.

—Si ella se da cuenta—se decía—, ¿qué va a pensar de mí?

Ella se apercibía, pero no parecía pensar en nada.

Al menos, continuaba abandonando su cuerpo a las languideces del tango, y el desgraciado joven ardía en deseos de cosas que todavía no había gustado.

El caso es que Robert se sentía totalmente avergonzado.



Ciertamente que antes de aquel momento había bailado con jovencitas de su edad, que le habían parecido tontas e inconsecuentes, y con las madres de sus camaradas, que le trataron como chiquillo, mientras que aquella mujer le trataba como a un hombre.

Parecía ofrecérsele. Ya no era el Bob que su familia y sus amigos conocían; era el señor Robert Simón, que se hallaba dispuesto a perder entre los brazos de aquella dama su doncellez y su latín.

Como el tango había cesado, fueron de nuevo a sentarse a su mesa.

—Baila usted admirablemente—le dijo ella.

—Es usted una bailarina exquisita—dijo él enrojeciendo por aquellas palabras audaces.

—Es usted muy galante. Me azara...

Lo mejor del caso era que él se lo creía.



## III.—EL HECHO IRREPARABLE



L día siguiente, elegante y emperejilado, precedido de un ramo de flores, Robert Simón llamó con mano temblorosa en la puerta del hotelito donde Catherine Snowboot Phalzar, por otro nombre Zezette, le esperaba hacia las cinco de la tarde para tomar el té y comer unas cuantas frutas secas.

Una bonita doncella salió a abrirle y, sin que le diera tiempo a que le hiciese ninguna pregunta, fué ella quien le interrogó si era el señor Robert Simón.

Después de haber oído la respuesta afirmativa, la doncella se retiró un poco y él pudo penetrar. Pero cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, le dijo con una sonrisa:

—Si el señor quiere tomarse la molestia de seguirme... La señora le espera.

Robert echó a andar pegado a los talones de la muchacha, confesándose *in petto* que hubiera preferido que la doncella fuera la señora y que la señora fuese la doncella.

Pero no tuvo tiempo de llevar más lejos sus reflexiones.

La doncella abrió una puerta y le anunció.

Entró.

Un *boudoir* un poco vasto se ofreció a él, sombrío, perfumado, apenas iluminado por dos quemaperfumes.

Una voz que llegaba de un sofá le saludó.

—Me considero dichosa, señor Simón, de que haya usted cumplido su palabra. Excúseme. En este momento sufro de una villana neuralgia. Le ruego que se acerque. Deje el bastón y el sombrero sobre una silla.

De la penumbra, un brazo desnudo se tendía hacia él.

Cogió la mano que lógicamente se encuentra en la extremidad de cada brazo normal, y besó aquella mano de piel perfumada y dulce.

Poco a poco sus ojos se hicieron a la penumbra y distinguieron a la bella Zezette, tumbada en un sofá muy bajo y en una actitud tan libre como voluptuosa.

Estaba vestida con un kimono japonés de seda negra, decorado con grandes flores bordadas.

Al movimiento que hizo cuando él la besó la mano, el kimono se deslizó y Robert se pudo aper-



*—Baila usted admirablemente—le dijo ella.*

cibir de que Zezette no llevaba ninguna otra prenda encima de su persona.

Se azaró por ello.

—Siéntese—le dijo Zezette gentilmente.

El se sentó en una butaca un poco alejada.

Entonces la conversación fué de una horripilante banalidad.

El osó hablarle de la crisis de los cambios.

Ella le respondió con frases documentadas y precisas sobre la temperatura.

Zezette, viendo la ingenuidad de su visitante, pensaba:

—Este chico es capaz de obligarme a que le viole.

A través de los siglos, el alma egipcia de la señora de Putifar debió pasmarse de la semejanza de actitudes, y enviar un saludo a la de Catherine de Snowboot Phalzar.

La conversación parecía ir a la deriva, cuando Zezette dijo:

—Tomará usted una taza de té, ¿verdad?

—Con mucho gusto.

Zezette llamó y apareció la doncella; la mandó que sirviera el té aprisa. Entonces Robert tuvo que aproximarse al sofá, donde, voluptuosa, Zezette le obligó a que se sentara junto a ella.

Comenzaron a mordisquear algunas galletas, cuando ella se volvió hacia el joven y le preguntó a quemarropa:

—¿Qué piensa usted de las mujeres?



—Yo..., yo..., así...

Ella se inclinó a su oído y le preguntó algo.

—¿Cómo?

Aquella ingenuidad le encantaba.

¿Es que tal vez nunca...? Ella ignoraba la situación de su visitante.

—¿Has tenido amantes?—le preguntó.

El enrojeció, balbuceando:

—No, nunca.

—¿Y no has deseado tener una? Para ti, para ti nada más...

—Claro...

Los ojos de Zezette brillaban y los labios los tenía temblorosos.

En cuanto a Robert Simón, sentía una rara sensación que, si no era de miedo, la cosa se le parecía bastante.

La bella Catherine de Snowboot Phalzar le echó los brazos al cuello y le dió un largo beso, gentileza a la que él correspondió como mejor pudo, y de una cosa en otra...

Pero no, no creáis que el asunto fué demasiado fácil.

Robert Simón conocía perfectamente la definición de Virgilio sobre las abejas, y podía recitar de memoria versos enteros de Edipo; pero en tocante a mujeres, no sabía nada, pero lo que se dice nada.

Gracias a que estaba allí Zezette, que lo sabía

todo, que si no, nos parece que esta novela no la escribe nadie.

* * *

Cuando Zezette regresó de la región de los sueños, le preguntó:

—¿Eres dichoso?

—Sí, señora.

—¿Por qué me llamas señora? ¿No soy para ti tu Zezette? ¿Y me quieres mucho?

El dijo que sí con la cabeza. A decir verdad, no sabía si la quería o no. Solamente que se encontraba un tanto molesto de hallarse con tan poca ropa junto a una mujer que, por su parte, tenía tan poca ropa como él, y no hacía más que decirse:

—Soy su amante. Yo soy su amante.

Pasó un largo momento.

Se habían olvidado de tomar el té.

Las sombras de la noche extendían sus masas malva sobre los techos de las casas, y el silencio se extendía sobre todas las cosas.

Un círculo violáceo se dibujaba en los ojos de Robert Simón y de Zezette. Un reloj desgranó nueve campanadas.

—¡Las nueve!—exclamó Robert—. ¡Van a cerrar mi restaurante!

—Cena conmigo. ¿No te espera nadie?

—No.

—¿Tus padres?



—Viven en provincias.

—Entonces quédate.

El aceptó; ella manifestó su alegría, y, como siempre la manifestaba de la misma forma, Robert se vió obligado a hacer de nuevo honor a su firma.

Rápidamente se vistieron.

Llamó Zezette y se presentó la doncella.

—¿Está la cena?

—Sí, señora.

—Ponga un cubierto más.



## IV.—PRIMEROS PASOS DE NATACIÓN Y RECUERDO CLÁSICO MUY CORTO



OBERT Simón no sólo se había quedado a cenar en casa de Zezette, sino que se había quedado a dormir también.

Al despertarse se extrañó un poco de hallarse en la cama de una dama, y habló vagamente de que tenía que ir a la Facultad donde cursaba sus estudios. Su amante le retuvo.

Por delicadeza se quedó.

Pasó la mañana y llegó el mediodía.

Robert continuó en casa de Zezette.

Al llegar las cinco, Zezette habló de ir al dáncing. El hizo como que no se daba por enterado. Todo el mundo sabe lo caras que resultan esas diversiones, y como Robert no se hallaba en fondos trataba de evitarlas.

Pero Zezette insistió y a las cinco y media se

hallaban bailando en un elegantísimo establecimiento de la avenida de los Campos Elíseos.

Pero cuando llegó la hora de pagar las consumiciones, Robert sintió que un sudor frío le corría por los riñones. El importe ascendía a sesenta francos.

Ella vió su turbación.

Bajo la mesa deslizó en su mano un billete de cien francos, diciéndole en voz baja:

—Paga, da buena propina y guarda el resto para coger un taxi. Mi auto no nos espera.

A él le pareció que todo el mundo se había dado cuenta.

¿Por qué diablos en aquel minuto preciso se acordó de la frase de un fabulista: «El pez pequeño se hará grande»? (1).

Después se despidieron, y Robert fué a dormir a su pensión.

Júzguese su asombro cuando a las ocho de la mañana llegó Zezette a su alcoba a despertarle.

Como todavía era un ingenuo, pensó:

—Seguramente, viene a reclamarme el resto de los cien francos. Le daré los diez que me sobraron.

Pero no se trataba de tal cosa.

Simplemente se presentaba a invitarle a almorzar, cosa que él aceptó.

---

(1) Pescado, en el argot parisino; hombre que acepta dinero de las mujeres. (N. del T.)



Al llegar la noche, Zezette habló de ir al teatro.

—¿Tienes smocking?

—No.

—Pues bien; vamos a comprarte uno.

—Cuestan caros.

—¿A ti qué más te da? Seré yo quien te lo compre.

Su timidez capituló ante un argumento tan perentorio como definitivo.

Recorrieron las sastrerías y, por fin, encontraron uno que le estaba bien.

Algunos días pasaron, demasiado rápidos para Zezette, siempre insatisfecha; pero complacida por los servicios íntimos que le prestaba el joven Robert Simón.

Este llegó a considerar que el vivir a costa de Zezette era un verdadero encantamiento.

Los días sucedieron a los días, las semanas a las semanas; llegaron los exámenes, y Robert no se presentó a ellos; después llegaron las vacaciones.

Y con ellas, una carta de su padre en la que faltaban los términos escogidos.

Era necesario regresar al hogar.

Adiós los abrazos frecuentemente renovados de Zezette.

Adiós los tés danzantes, los jazz-bands y los saxófonos.

Adiós las noches comenzadas en el Barrio Latino y terminadas en Montmartre.

Dió cuenta a Zezette de la triste noticia.

Sus corazones latieron al unísono, y ambos derramaron varias lágrimas. Y hubieran llorado muchas más si el rimel mezclado a las lágrimas de Catherine no le hubiese tiznado la cara.

Fuése a reparar los destrozos hechos en su cutis y volvió algunos minutos después al lado de su gigolo.

¿Qué se dijeron el uno al otro? Se ignora.

Lo que hay de cierto es que la carta que recibieron dos días después los padres de Robert decía:

«Mis queridos padres: No sé cómo explicarles la pena que he sentido al recibir su carta llena de reproches.

He perdido un año de estudios; esto es cierto.

Pero no queriendo continuar sacrificándoles, he buscado una ocupación. He logrado entrar como secretario de una rica dama americana, de origen francés, madame Catherine Snowbood Phalzar, en cuyas fábricas de celuloide galvanizado viven millares de obreros en los Estados Unidos.

Esta dama no tiene sino bondades para mí, y estoy en su casa bien mirado desde todos los puntos de vista.

No os toméis la molestia de enviarme mi pensión, pues gano un buen sueldo.



Desgraciadamente, mi ocupación me impedirá el ir a veros durante estas vacaciones. Espero que no impediréis a vuestro hijo que se gane la vida como un hombre.

Muchos abrazos, etc...,

*Robert.*»

Ante aquel escrito, los padres de Robert derramaron lágrimas enternecidas y enviaron a su hijo su bendición envuelta en un billete de cien francos.

* * *

Ocho días después, Zezette y su secretario particular partían para visitar las propiedades compradas en Francia después de la muerte del rey del celuloide galvanizado.

Sobre los profundos cojines del automóvil, lanzado a toda velocidad, los amantes se entregaban a su pasión a cada momento renovada.

Y a las noches, en los albergues o en los palacios de las propiedades de Zezette, sus pasiones se alimentaban de nuevo con la furia de sus deseos siempre insatisfechos.

Al menos, en lo que concernía a Zezette.

## V.—LOUISSETTE, EL REPOSO, EL TORO Y LAS VACAS



No sabemos si el lector se acordará o no del pensamiento que había tenido Robert la primera vez que entró en casa de la millonaria americana:

«Si la doncella pudiera ser la dueña y la dueña la doncella...»

Pero aunque él hubiera lanzado a la muchacha algunas miradas insinuantes, ella había sabido estar a distancia, porque es lo que se decía la chica: «Es el amante de la señora».

La plaza era buena en casa de miss Snowboot Phalzar, poco fatigante y bien retribuída, y no se trataba de perderla por un mozo de cara bonita y cartera vacía.

La chica, que respondía al nombre de Louissette y a los llamamientos del amor en otros brazos que en los de Robert, hubiera deseado recibir los

homenajes del joven, los homenajes y hasta algo más...

El azar iba a socorrerlos.

En aquel momento, Catherine y su secretario particular habitaban la villa Beau-Sejour, no lejos de Charpigny-sur-Dore, donde vivía el viejo conde de Baizembrac, que había conocido a Zezette en Chicago, pues se la había presentado su propio esposo.

Catherine debía, pues, a la memoria de su esposo el hacer una visita al conde. Fué exquisitamente recibida y rogada de que fuera a cenar una noche próxima. Llegado el día, Zezette se separó besando mucho a su secretario y se fué, lamentando mucho que Robert no pudiera acompañarla.

En cuanto se marchó ella, él tomó rápidamente una decisión.

Se fué a la alcoba que compartía con Catherine con objeto de que la dama pudiera tener siempre su secretario a mano y llamó dos veces.

Algunos momentos después, Louissette aparecía.

—No puedo arreglar esta lámpara—declaró él hipócritamente.

Louissette, sin desconfianza, se aproximó para ayudarle.

El fruto estaba a su alcance.

Para tenerlo no había más que alargar la mano.

Y Robert la alargó.

Los dedos temblorosos tocaron el brazo de Louissette, y bruscamente la cogió por los hombros y la derribó sobre un sofá, donde, siempre silenciosos, continuó su faena.



Louissette le dejaba hacer.

Apenas si dió un pequeño grito.

Hubo unos segundos de angustia; después, un abrazo...

Cuando se levantaron, ninguno de los dos sabía qué decir.

Por primera vez, en aquella alcoba, que era el tabernáculo de los amores de Zezette, tuvo a Louissette tal como se lo había propuesto.

Por primera y por segunda.

Después pensó que cuando Catherine regresara le pondría seguramente a contribución.

Muy digno, rogó a Louissette que se vistiera y se retirara.

Pero como tenía la idea de que todo trabajo merece un salario, dijo negligentemente a la muchacha:

—He olvidado mi portamonedas. ¿Podrías prestarme cien francos?

* * *

Cuando Zezete regresó le encontró acostado, sufriendo, según él dijo, un atroz dolor de cabeza.

A pesar de todo, hizo un esfuerzo para dejar a su patrona contenta.

* * *

Al despertarse al día siguiente sintió dolor en la nuca y en los riñones.

Cuando él se quejó de aquellos dolores, Zezette estuvo muy digna.

No le hizo ningún reproche, y en verdad que no tenía por qué hacérselos, ya que ella era la principal responsable de aquel estado de cosas.

Dejó dormir a su amante, después de haberle rogado que cambiara de lecho y fuera a ocupar el cuarto reservado al secretario particular, y mandó llamar a un médico.

Una hora después el medicastro se encontraba allí y examinaba al desventurado Robert.

Después declaró :

—Esto no es nada. Exceso de trabajo. Reposo absoluto. Ninguna fatiga. Sobre todo, de cierta clase. Buena nutrición, mucho aire. Un poco de ejercicio, sin abusar.

Desde que se marchó el médico, Zezette comenzó a seguir sus instrucciones, y desde entonces la vida de Robert fué parecida a la de un pavo al que se ceba.

Nada de amor, nada de abrazos fatigantes.

Después de algunos días, como Robert se aburriese, Zezette decidió sacar a paseo a su secretario.

Bien abrigado al fondo del automóvil, soñorreaba bajo la mirada tierna de Zezette.

Cuando llegaron a una de las granjas modelo que



pertenecían a la millonaria, consintió en bajar del vehículo para visitarla.

Se interesó por la cría del conejo y por las incubadoras mecánicas. Asistió a la matanza de un puerco, del que se le reservaron los mejores trozos.

La única nota falsa fué la exclamación que se le escapó a Zezette cuando, al pasar por el establo, el granjero señaló un toro y dijo :

—¡ Qué hermosa bestia ! Ayer mismo cubrió seis vacas.

Y Zezette había dado con el codo a su secretario, diciéndole :

—¿Eh, Robert? ¿Qué te parece?

Y Robert lo que pensó fué que si el toro hacía aquellas proezas era porque le cambiaban las vacas.

## VI.—LOS INUNDADOS DE MONT BLANC, LA MARQUESA HERMINIA Y ALGUNA OTRA COSA



Con el otoño, Zezette y su personal regresaron a París y se instalaron en el pequeño y confortable hotel de Ranelagh.

Una cuestión se presentaba a los amantes. ¿Continuaría Robert sus estudios o seguiría de secretario particular?

Acababa de reemprender con vigor sus trabajos profesionales y se inclinaba por el secretariado.

Zezette le aprobaba la decisión; pero el chico temía la cólera paterna, y para calmarla logró que Catherine duplicase sus emolumentos.

Así, todo el mundo quedaría satisfecho, porque el padre de Robert no tendría nada que decir de un hijo que a los dieciocho años sabía ganarse la vida.

Porque el muchacho continuaba no teniendo más

que diez años de diferencia con Zezette, que seguía estancada en los veintiocho.

Catherine sabía que en plena estación no podía impunemente pasear por todas partes a su joven amante, y esto le dejaba a él algunas horas de libertad.

Zezette regresaba algunas noches tarde. El la oía, pero se hacía el sordo y no se despertaba. Ella, amorosa y maternal, respetaba aquel fingido sueño.

Ella se levantaba tarde y no tenía más que el tiempo justo para prepararse y salir. Esto duraba ocho días. Después, una tarde de libertad... para ella, que no para él..., que se quedaba.

Entonces Robert, por discreción profesional, le llenaba de reproches.

Ella se disculpaba como mejor podía; él le perdonaba aquellas ausencias, cosa que no le resultaba difícil, porque en el fondo le salía por una higa.

Total: que Robert era feliz. Su amante se conservaba bella, y el poseerla de vez en cuando no le resultaba desagradable. Lo que sí le hubiera sido penoso es tenerse que manifestar con la misma ilusión como lo hacía en los comienzos del idilio.

Y, después de todo, había tardes en las que Louissette se presentaba para consolarle de su soledad.

Esto hubiera podido durar mucho tiempo si un



*Rogó a Zezette que se vistiera y se retirara.*

día no hubiese recibido la visita de la marquesa Herminie de Saint-Aghatocle.

Una tarde en que Robert se hallaba solo en el hotel, solo con la doméstica, a la que acababa de hacer un corto, pero agradable, servicio, llamaron.

Louissette previno a Robert de que una señora, en ausencia de Catherine, deseaba ser recibida por su secretario particular.

El le dió orden de que hiciera pasar a la importuna.

Era la marquesa Herminie de Saint-Aghatocle.

La marquesa tenía veintiocho años, pero veintiocho años de verdad, no como los tenía Zezette.

Era bella, elegante y llena de encantos.

Robert, cuyo conocimiento de las mujeres se limitaba a Catherine y a Louissette, sintió palpitar su corazón al aproximarse la encantadora criatura.

—Vengo—dijo la marquesa—a hacer una cuestación para una obra del más alto interés nacional: para los inundados de Mont Blanc. Conozco el generoso corazón de madame Snowboot y sé que compadece las penas.

—No tengo ninguna orden sobre este asunto —dijo Robert—; pero he aquí un modesto óbolo, por la señora y por mí.

Diciendo esto, sacó de la cartera dos billetes, uno de mil y otro de cien francos, y se los dió a la bella solicitante.

—¿Cómo darle las gracias?



—Dejándome besar su mano.

Y sin esperar se apoderó de aquella mano y puso sus labios un poco más altos...

Herminie se estremeció.

Los pobres inundados merecían algún sacrificio.

El beso de Robert se hacía más profundo. Sus labios aplastaron en los de Herminie la protesta que iba a surgir.

Después la llevó hacia el sofá.

Mártir de la caridad, Herminie lo aceptó todo en obsequio a los inundados de Mont Blanc.

Y cuando se despedía, dijo a Robert:

—Estaré en mi casa el miércoles, a las cinco.

Galante Robert le besó la mano, y como ella hiciera indicación de retirarse, la acompañó hasta la puerta.

Después, con el corazón ligero y satisfecho de sí mismo, cogió el sombrero y se fué a dar una vueltecita por el bosque.

Así, pagado, mimado, vestido por Catherine Snowbood Phalzar, encontraba en ella una amante casi ideal y la sentía suya en cuerpo y alma.

En su ignorancia de la vida, experimentaba la sensación de que aquella mujer, al borde de la vida, comprendía que iba a dejar de inspirar pronto el amor. Y, naturalmente, era por lo que se entregaba con todo su furor de enamorada a aquel mozo que, sin duda alguna, sería su último amante.

El lo aceptaba encantado.

Evidentemente, a la larga, las caricias de Zezet-

te-Catherine llegarían a fastidiarle. Esto es igual que lo sucedido a un individuo que come todos los días excelentes rotis, rociadas todas sus comidas con Mont Bazillac 1893.

Al cabo de quince días, sueña con un buen potaje, y le parece remojar aquel buen cocido con un vino corriente de 1,50 francos la cosa más deliciosa.

Para Robert Simón, la juventud fresca, pero un poco ordinaria, de Louissette era el derivado del sabroso potaje.

En cuanto a Herminie de Saint-Agathocle...

... No se daba cuenta exacta de lo que era; pero esto no era nada parecido.

Sentía gran deseo por ella.

¡Oh! ¡Sentirla todavía en sus brazos!

Sentir la caricia tibia de su suave cuerpo... ¡Besar su boca muy roja, sus labios húmedos!

Acariciar su ondulada cabeza...

¿Y por qué seguiría instintivamente en su paseo las avenidas por las que paseaban los jinetes?

¡Sin embargo, él no se había dado cuenta exacta de ello!

Aquello le parecía un juego de los más agradables.

Las seguía instintivamente porque había oído decir—¿cómo diablos lo había retenido en el curso de una conversación?—que la marquesa Herminie gustaba de pasear a caballo. ¡Y él paseaba por donde ella acostumbraba a venir!



Unicamente que a la hora que él estaba allí Herminie entraba ya en su casa, recordando su aventura con el secretario particular de madame Snowboot Phalzar.

«¡Me ha dicho que se llamaba Robert!», se decía, estremecida aún por el recuerdo de su amor.

«¡Qué diferencia con las caricias del marqués!»

Y aquella comparación se comprendía naturalmente.

Adhemar de la Haute-Futaie, marqués de Saint-Agathocle, gran jinete honorario de S. A. R. el duque de Orleáns, había unido los cincuenta y siete años de su edad a la juventud de Herminie de Boisrobert. hacía esto tres años.

La verdad que el día de su boda él se había portado galantemente, pero esta fiesta había sido para la joven desposada sin otras parecidas.

Y al presente el marqués no se presentaba a su joven esposa más que cada quince días o cada tres semanas, y solamente para lo que podríamos llamar una *tournée* de honor.

Cuando tenía algunas dudas, procuraba no aventurarse.

Un golpe arriesgado vale más que otro fallado.

¡Era de esta opinión!

Y el marqués se hallaba muy pegado a las antiguas opiniones de la vieja Francia.

¡Por esto era por lo que no había sido reelegido diputado en el 95 en el departamento de Tarn-et-Moselle!

Por lo tanto, Herminie, cuyos sentidos no habían despertado aún por completo, nunca había engañado a su marido, ni siquiera se le había ocurrido pensarlo.

Esto no había sucedido por su gran virtud, sino por su falta de deseo.

¡El ataque brusco y apasionado de Robert la había conmovido, y sus besos la habían hecho estremecerse!

¡Sin saberlo, el jovenzuelo acababa de ser el iniciador de aquella linda mujer de veintiocho años!

¡Y la linda mujer no deseaba más que una cosa! ¡Comenzar, y comenzar lo antes posible! Conseguir del marqués aquellos estremecimientos suplementarios, suponía un sueño irrealizable. No quedaba más que un recurso a Herminie de Saint-Agathocle: volver a ver al gentil Robert.

Inmediatamente le escribió, suplicándole que viniera a tomar el té al día siguiente, en su casa y en la mayor intimidad.

Esta misiva la envió por vía pneumática.

En aquel momento en que esperaba en su gabinete, apoyada en un montón de cojines, a que llegara el que acababa de citar, alguien llamó a la puerta.

—Entrad—dijo negligentemente la joven marquesa.

La puerta se abrió lentamente, y en el marco sombrío de ésta se dibujó la alta silueta del marqués Adhemar.



*—¡Oh, con qué impaciencia os esperaba!*

La joven Herminie se puso en pie de un salto.

¡Jamás había cometido el marqués una falta tan grande de corrección!

¡Nunca se había tomado la libertad de presentarse en el gabinete de su mujer sin haberse hecho anunciar de antemano!

—¿Qué significa semejante intrusión?—preguntó ella al vejete, que la obligaba a dejar el sueño que gozaba tan agradablemente.

—Querida amiga...

—¡Sí; se entra aquí como si entraseis en la cocina! ¡Voy a despedir a mi doncella!

—Pero, querida mía, si soy yo que...

—¿Que sois vos qué?

—¡Os suplico que me dejéis hablar!

—¡Pues bien, ya os escucho!

El marqués tosió dos o tres veces para sentirse con ánimos.

—¡Euh! ¡Euh! ¡Esto es! He vuelto del círculo más pronto que de costumbre. ¡Vuestra doncella quería avisaros, pero he querido daros una agradable sorpresa!

—¡Un agradable sorpresa!—preguntó ella casi iracunda.

—¡Querida mía, te ruego que aceptes este pequeño obsequio sin importancia!

Ella se sintió feliz y molestada a la vez.

Pues cuando el marqués se sentía con ánimos... tenía por costumbre ofrecer una alhaja a su mujer para hacerse perdonar su abstención y operaba en seguida...



Esta vez, la alhaja era una sortija.

Herminie saltó al cuello de su marido y le dió dos sonoros besos.

El, en cambio, le dió un abrazo que extendió a todo su cuerpo.

—¡Qué linda eres, querida mía!—le dijo en un tono medio ahogado.

Los labios del marido buscaron los de su mujer.

¡Ah! ¡Si esto fuera por los inundados de Mont Blanc!

Satisfecho el marqués, dió las gracias a su esposa, le presentó sus respetos y se retiró.

La marquesa quedó muy desencantada.

«A la misma hora, Robert habrá recibido el *pneumatique*», pensó Herminie, suspirando.

## VII.—AMOR Y GIGOLO



L día siguiente, hacia las cinco, después de haberse bañado, perfumado, arreglado las uñas de pies y manos, el gigolo particular de madame Snowbood Phalzar, con pasos negligentes, el espíritu lleno de esperanzas, se dirigió hacia la encantadora adúltera.

Cuando se presentó en casa de la marquesa, un portero le recibió, éste le entregó a un criado de cámara de uniforme, que le despojó de su bastón y de su sombrero, y a su vez le entregó a una doncella a la que encargó condujera al señor; ésta le dejó en un amplio salón, rogándole tuviera la bondad de esperar un momento.

El joven se puso a contemplar las paredes de la sala, que estaban adornadas por una veintena de retratos de semblantes antiguos y agrios, que parecían mirarle con poca simpatía.

Al cabo de unos minutos apareció una doncella, que se inclinó con una graciosa sonrisa, diciendo:

—Si el señor tiene la bondad de seguirme... ¡La señora marquesa le espera!...

Herminie le esperaba en el gabinete en que la víspera había acogido tan efusivamente al marqués, y del cual había quedado tan decepcionada.

Robert hizo un gesto de desagrado.

Su nueva amante le recibía en la misma forma que lo había hecho Zezette.

¡La bata de casa, tan ligera, bajo la cual se está completamente desnuda! ¡El té, que es un pretexto para el encuentro! ¡La semioscuridad de la habitación! ¡El sofá y los cojines! Todo igual.

Robert sintió deseos de marcharse.

Pero Herminie se había levantado y se acercó a él.

—¡Oh! ¡Con qué impaciencia os esperaba!—le dijo.

¡Ella le tendió los brazos!

Robert se lanzó en ellos.

Enlazados así, cayeron sobre el sofá.

En un instante, él pudo notar la ausencia de ropa que Herminie ostentaba, y su pálida belleza pronto quedó a la vista del joven amante.

Fué buscando apasionadamente los besos y las caricias que había aprendido de Catherine y que había renovado con ella por obligación.

Herminie devolvía beso por beso; procurando



hacer sentir al amante los estremecimientos que sentía ella.

Inexperta la joven, procuraba cautivarle.

Las caricias fueron violentas, exquisitas...; el amor, ardiente y salvaje, dejándoles fatigados de dicha.

Y por vez primera el corazón del gigolo profesional dejó escapar de sus dulces labios la eterna palabra, sincera aquella vez:

—¡Te amo!

La linda joven repetía:

—¡Te amo!...

¡Y tras un ardiente beso, repitieron como una plegaria, como el clamor victorioso de la dicha ante la esperanza de la vida!:

—¡Te amo!

Palabra sublime y dulce, que contiene en sí la vida entera.

¡Te amo! Sueño exquisito, encanto puro, minuto delicioso. ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!

Fríamente primero; luego, en crescendo, para terminar después, furioso, en un exquisito andante.

* * *

Por la noche, Zezette cenó con Robert.

—Tienes aire de fatiga, querido mío.

—¡Sí; tengo jaqueca!

—¡Tienes la vista empañada!

—¡La fatiga!

—¿Quieres aspirina?

—¡No; gracias!

—¿Un ponche caliente?

—¡No; gracias!

—¿Una taza de tila?

—¡Que no; te he dicho que no quiero nada! —dijo con impaciencia.

—¿Un poco de manzanilla?

—Pero...

—¡Sí! ¡Con unas gotas de ron!

—¡Que no!

—¡Por agradarme!

—¡M...!

—¡Oh!

Zezette quedó asombrada al oír aquella palabra. Estalló en sollozos.

Robert se sintió molesto.

—Vamos, querida—dijo, más calmado.

—¡Ya no me quieres!

—¡Que sí!

—¡Oh! ¡Ya lo estoy viendo!

—¡Atiende! ¡No me siento bien esta noche! ¡No puedo violentarme! Estoy nervioso, enfermo, insistes... ¡Acabo por crisparme! ¡Continúas!

—¡Eso es; di que es culpa mía!

—¡Pero, no!

—¡Sí; acabas de decirlo!

—¡Zezette!

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ya no me ama! ¡Ya no me ama! ¡Qué va a ser de mí!



*Zezette tuvo un niño.*

—¡Pero, no! ¡Yo te amo! ¡Te amo siempre! ¡La prueba es que yo voy a pedirte alguna cosa!

—¡Oh! ¡Sí, sí! ¡Pídeme alguna cosa! ¿Cuánto quieres?

—¡Nada!

—¿Cómo?

—¡Nada de dinero..., al menos esta noche! ¡Lo que yo quiero es a ti!

—¡Oh! ¡Amor mío! ¡Amor mío! Entonces, ¿es que me quieres?

—¡Pues no acabo de decírtelo!

—¡Yo te quiero tanto!...

—¡Y yo!... ¡A propósito!

—¿Qué?

—Ayer no me acordé de decírtelo. ¡Vinieron para una cuestación!

—¡Aun! ¡Más aun!

—Sí; pero ésta, de gran interés. Madame de Saint-Agathocle; ¡tú la conocerás!

—¡Sí; nos la hemos encontrado algunas veces en el Ritz!

—¡Tú sabrás, porque yo no conozco señoras!

—¿Y le has dado?

—¡Sí; se trataba de los inundados de Mont Blanc!

—¡Una gran obra! ¡El mariscal Foch y la duquesa d'Uzés, presidentes!... ¡Debías de haberle dado una fuerte cantidad!

—¡Eso he hecho!

—¿Cuánto?



—¡Tres mil por ti y mil de mi parte!

—¿De dónde has cogido el dinero?

—¡De mis economías!

Zezette se levantó, fué a su escritorio y volvió con un cheque.

—Toma—dijo—, para que no gastes tus ahorros.

—¡Gracias!—dijo él al descuido, lo que no le impidió ver que el cheque era de cinco mil... y de sacar mentalmente la cuenta; cinco mil, menos mil quinientos, quedan tres mil quinientos a suscribir en la columna de los beneficios.

Que, en papeles de francos, es grato palparlos.

¡El oficio de gigolo es algo muy grato!... ¡A condición de suprimir el amor propio!

¡En cuanto al otro!... ¡Cuanto se precisa!... Demasiado...



## VIII.—CONCLUSIÓN BURGUESA



TODO sonreía a este bribonzuelo. Así, pues, poseía honores, dinero, mujeres, una querida amante y loca por él hasta el punto de confiárselo todo. Tras ella, otras dos mujeres se habían disputado los favores del pececillo, que, además de con Herminie, no desdeñaba de proseguir su andanzas amorosas con Louisette.

Casi todos los días la camarera le hacía ofrenda de las gracias de su cuerpo flexible y nervioso; dos veces por semana se hundía él en los lánguidos abrazos de la linda marquesa, y de vez en cuando se daba a las ardientes caricias de la bella madame Snowbood Phalzar.

Entretanto, iba colocando en la caja de ahorros sus economías.

Este era un secretario muy particular, pero consciente de sus intereses vitales.

La verdad que al principio él creía amar a su adorable iniciadora, y cuando pasaba muchos días sin ella la echaba muy de menos.

Luego, un período de indiferencia corto, conmovido algunas veces, había sentido renacer de nuevo su sueño de amor. Pero las aspiraciones hacia nuevos amores habían removido su corazón, como los días de juventud o de pubertad habían puesto sus ansias en él.

Recordaba aún vivamente las horas de mortal angustia en las que se sentía ahogado de deseos magníficos y de vergüenza infinita; en cuanto a la noche, estrujando la almohada, sentía la nostalgia de la embriaguez de rostros de líneas puras, de formas desnudas que aparecían y desaparecían en sus sueños, y que se esfumaban en ligerísimas sombras.

Evidentemente, todo aquello era muy bello; demasiado bello, magnífico.

Pero Robert, con una elevación de pensamiento, excesiva a su edad, pensaba:

«¿Y el día de mañana? ¿Qué sucederá?»

Y luego se decía que no había por qué pensar en aquello.

Si un día Zezette se daba cuenta de sus infidelidades, ¿qué haría ella? Aquello supondría la ruptura.

Hasta la fecha ella había tenido una gran confianza en su gigolo; pero ahora que multiplicaba sus aventuras, ¿qué iba a suceder?



¿Le abandonaría?

¿Le traicionaría?

Una amante abandonada un tanto por otra, ¿no sería suficiente para la explosión?

El había tenido que sufrir ya una escena de parte de Louissette, a propósito de la linda marquesa de Saint-Agathocle. Le había costado gran trabajo calmar a la joven.

Pero lo mismo que hay un dios para los borrachos, un dios que debe ser Baco, hay un dios para los pececillos, un dios que debe ser Neptuno; alguno habrá para los lindos gigolos; ¡mejor una diosa que los sostenga!

¡Y ésta debe ser Afrodita o Anfitrite!

Pero, dios o diosa, cuidaba al gigolo de la calle de Ranelagh y le encontró tan encantador, tan lindo, tan refinado, que él o ella se decidió a favorecerle.

Zezette salió de viaje para un mes con dirección a Niza. Se llevó consigo a su secretario.

Y allí, en aquella eterna primavera, el enredo conoció una nueva fase.

La crisis estalló en un pequeño pabellón.

Se encontraban solos, y ella estaba enfurecida contra un criado que, por descuido, había roto una garrafita que ella estimaba mucho.

Robert trató de consolarla llenándola de besos y de caricias.

Pasaron algunos minutos, en los cuales se cru-

zaron entre ellos palabras cálidas y tiernas; él secaba con sus besos las lágrimas amenazantes.

Poco a poco, los besos fueron haciéndose más profundos. Los labios se unieron ardientemente.

Los dos cayeron en una emoción extraña

Por fin, tras un beso más profundo, Zezette quiso escapar a la tentación.

—¡Déjame! Una mujer colérica es una mala amante.

Pero él la enlazó con energía.

Su amante multiplicó las caricias. Un beso último acabó de confundir y de rendir a Zezette. Desde aquel día volvieron al pabellón, y así durante un mes, en el cual él no la engañó.

Pasaron las semanas.

Después, los meses. Un día Zezette se levantó de la mesa con el estómago revuelto.

Inquieta, llamó a su doctor, que la palpó, la auscultó y después declaró solemnemente:

—Para dentro de seis meses.

—¿Eh?

—Sí, señora; está usted encinta.

Zezette despidió al médico y llamó a su secretario particular.

—¿Me quieres?

—Ya sabes que sí.

—Entonces, no puedes abandonarme.

—¿Y por qué te había de abandonar?

—Es que tengo que decirte algo...

—Pues dilo.



—Estoy encinta.

—¡Ah!—dijo el gigolo—. Creí que sería algo peor.

—Será hijo tuyo.

—¿Tú crees?

—Seguramente.

—Puede ser.

—¿Cómo puede ser? ¿Es que no tienes confianza en mí?

—Completa. Es necesario que esta criatura tenga un apellido.

—Para lograrlo, cásate conmigo.

Robert accedió inmediatamente.

* * *

Habiéndose hecho dotar largamente, Robert se casó con Zezette y con sus millones. Poco más tarde, el marqués de Saint-Agathocle era también padre.

Zezette tuvo un niño.

Poco antes, Louissette había dejado su servicio por un entresuelo en el barrio Europe, donde se dice que Robert Simón la entretiene.

Una vez casado, el gigolo se hizo burgués, como los socialistas, cuando llegan al poder, se hacen conservadores.

*Sic transit gloria mundi.*

**FIN**

Compre usted

# LA BELLEZA

Publicación mensual

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

**UNA peseta**

LEA USTED

# EL TEATRO MODERNO

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN EXITO DE LOS MEJORES AUTORES

LUJOSA EDICION

**50 CENTIMOS**

LEA USTED

# LA NOVELA FANTÁSTICA

100 páginas de lectura emocionante y de insuperable intérés. Las mejores novelas de su género de los mejores autores del mundo.

Ejemplar: **50** cts.

La Novela Sugestiva

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



50

TONO MONREAL

LA SIRENA DE LA VOLUPTUOSIDAD